

## 10 - La Tortuga Verde del Caparazón Roto

Josel Gueta



# Capítulo 1

El dolor de espalda que me aqueja parece más intenso que de costumbre. Quizá sea una mezcla de estrés por el fin de semestre y el desafío de ser profesora del curso más desordenado que he tenido, pero no me arrepiento. Enseñar es para lo que nací.

Fue un viernes largo. Mientras revisaba pruebas, Jonah, mi esposo, preparaba la cena al ritmo de música clásica. A unos metros, Totu, mi tortuga, nadaba tranquila en su pequeño acuario, con su caparazón intacto, ajena a mis preocupaciones.

La televisión, encendida en el salón, estaba transmitiendo las noticias, pero no le prestaba mucha atención. La voz del locutor anunciaba el fallecimiento de dos empresarios farmacéuticos, hallados en extrañas circunstancias.

De fondo, las palabras parecían casi desvanecerse entre la música suave y el sonido del agua del acuario. Algo sobre ellos haber sido encontrados muertos en un almacén o algo así... la verdad, algo más tenía mi interés.

Con mis manos sostenía un dibujo inquietante que rompía la monotonía de mi sábado. Mientras revisaba las tediosas pruebas de alternativas, noté que había una hoja de papel sin respuestas ni calificaciones, solo un dibujo. A primera vista, el trazo parecía infantil y torpe, pero al examinarlo con detenimiento, noté algo deliberado en los contornos y pinceladas.

En el centro del dibujo estoy yo: una figura con un caparazón de tortuga, grandes ojos sonrientes y un delantal verde, inconfundible. Alrededor, pinceladas verdes y azules crean un fondo acuarelado que envuelve la escena. No sé cuál de mis alumnos lo hizo, pero esos ojos grandes y cálidos me arrancan una sonrisa al principio.

Dejo de lado las evaluaciones por un momento y reparo en un detalle inquietante: el caparazón tiene una grieta. Al principio pienso que podría ser una broma sobre mis constantes quejas por el dolor de espalda, pero mientras observo el dibujo, algo cambia. Los trazos, aunque aparentan torpeza infantil, parecen calculados, como si buscaran transmitir algo más. La sensación de que el dibujo oculta un mensaje que no logro descifrar me deja inquieta.

Con dudas, giro el papel, buscando alguna pista, y lo que veo me deja helada. En la parte trasera, con letras temblorosas y arrastradas, está escrito un mensaje en lo que parecía ser sangre seca:

"Prohibido olvidar, mi caparazón roto."

Un escalofrío me recorre mientras el dolor en mi espalda se intensifica. Mis manos tiemblan, y el papel parece pesar más de lo que debería. Trago saliva, intentando comprender el mensaje, pero ninguna explicación lógica acude a mi mente.

—¿Jonah? —llamo en un susurro desde el comedor.

Él aparece con una espátula en la mano, su expresión curiosa al verme sostener el papel como si fuera un objeto frágil y peligroso. Sin decir una palabra, le entrego el dibujo, observando cómo lo examina con esa calma metódica que siempre lo caracteriza.

A lo lejos, Totu se mueve despacio, sumergida en su mundo de agua y arena, indiferente a la tensión que llena la habitación.

—¿Qué opinas de esto? —pregunto finalmente, con un atisbo de desesperación en la voz.

Alex frunce el ceño mientras observa la imagen con atención. Da vuelta el papel, lee el mensaje y guarda silencio por un instante. Su expresión se vuelve pensativa, pero sus ojos reflejan una inquietud que intenta disimular.

—Esto... —dice Jonah, señalando los bordes del papel— no parece un dibujo hecho por un niño. El lineado es demasiado preciso, como si alguien quisiera simular torpeza. Su tono analítico, como siempre, trata de calmarme, aunque esta vez parece forzado. Aunque no ejerce como psicólogo, Jonah siempre encuentra algo que aporta claridad.

—¿Y el mensaje en la parte trasera? ¿Qué te dice? —pregunta con cuidado.

—No lo sé... Me dio miedo —admito, sintiendo una punzada aguda en mi espalda.

—Respira, Irene. Piensa, ¿alguno de tus alumnos sabe sobre tu dolor?  
—sugiere con su tono tranquilizador.

Mis alumnos son niños de ocho años, no podrían hacer algo tan elaborado. Aunque me quejo de mi espalda, jamás he hablado de ello con tanto detalle.

—¿Quizá algún apoderado? —propone Jonah, explorando posibilidades.

De pronto, el dolor en mi espalda se intensifica, como si la grieta del dibujo también estuviera en mí.

—¿Estás bien? —pregunta Jonah, alarmado.

—Sí, solo necesito descansar un rato —respondo, tratando de sonar tranquila.

Jonah me ayuda al sofá, colocando una manta sobre mí y ofreciéndome una pastilla para el dolor. Tomo el medicamento a regañadientes y cierro los ojos.

Desde el sofá, observo a Totu nadar plácidamente en su acuario. Su caparazón intacto brilla bajo la luz, proyectando una serenidad que me envuelve. Poco a poco, el sueño me consume.

“Mi caparazón roto.”

Las palabras resuenan en mi mente, como un eco cargado de un significado oscuro. Mientras el sueño me envuelve, un recuerdo de mi infancia emerge, borroso pero insistente. Me veo de niña: frágil, curiosa y temerosa de mi salud. Algo enterrado en el pasado, que creí olvidado, resurge como una herida nunca sanada.

A los doce años, el dolor en mi espalda era insoportable. Mis padres estaban preocupados, pues los problemas de salud eran comunes en nuestra familia. Tras varias consultas médicas, el diagnóstico fue claro: mi columna estaba desviada.

El médico me dio dos opciones: una operación riesgosa o un corsé ortopédico que corregiría mi columna con el tiempo. Ninguna de las dos opciones me agradaba, pero elegí el corsé. Fueron dos años que preferiría olvidar. Los niños son crueles, y los adolescentes, más. Afortunadamente, tuve amigas y algunos amigos que me apoyaron y aceptaron mi condición.

Pero de entre todos mis recuerdos de mi antiguo hogar, la isla Tari, sobresalen dos: La tía Abi y el doc Fritz. La tía Abi era nuestra profesora de artes, aunque ninguno de nosotros era sobrino de ella. No le gustara que le dijeran "profesora", porque nunca estudio para enseñar, solo lo hizo.

Era una mujer apasionada y talentosa. A pesar de sus problemas de visión, que la obligaban a usar gafas oscuras y acercarse mucho para observar nuestros trabajos, siempre encontraba la forma de transmitirnos su amor por la pintura y el dibujo. Aunque yo no era particularmente talentosa, ella me enseñó algo invaluable: el arte podía ser una terapia contra el dolor, una forma de expresarme que ahora aplico con mis

alumnos.

El doctor Fritz, por su parte, era una presencia constante y confiable en la isla. Aunque no era médico de profesión, su inteligencia y habilidad para resolver problemas lo hacían muy respetado en la comunidad. Él me ayudaba ajustándome el corsé, guiándome con paciencia y asegurándose de que me sintiera cómoda durante todo el tratamiento. Entre los isleños, su relación con la tía Abi era conocida; todos decían que él se vino a vivir a la isla solo por ella.

La tía Abi, aparte de enseñarnos, poseía un antiguo negocio familiar, el único lugar que vendía pan, hecho por el doctor Fritz. Así que siempre estaban juntos. Si alguien iba a comprar y necesitaba ayuda con algo, ese era el lugar indicado.

Ambos eran muy amables. Recuerdo que una vez, mientras iba a comprar el pan para la once, ellos, con su bondad silenciosa, me regalaron una tortuga como mascota. La llamé "Totu". Creo que lo hicieron para que no me sintiera sola ni aislada, para que pudiera encontrar compañía y, sobre todo, confianza en mí misma.

Me enseñaron, sin decirlo directamente, que un ser tan pequeño y aparentemente frágil podía vivir en armonía con su propia condición, aceptando lo que tenía y adaptándose al mundo. Totu, con su caparazón firme y su calma, se convirtió en un símbolo de fuerza y autoestima para mí, mostrándome que, al igual que ella, yo también podía encontrar la manera de vivir con mis propias limitaciones, sin dejar que me definieran.

Sin embargo, poco después de ese regalo, algo extraño sucedió. La tía Abi dejó las clases por casi un mes, dejando un vacío que llenó de inquietud nuestras aulas y nuestras mentes. Se fue junto al doctor Fritz a la ciudad, sin decirle nada a nadie. En nuestra aislada isla Tari, donde el puente hacia la ciudad apenas estaba en construcción y las noticias tardaban en llegar, cualquier cambio en la rutina era motivo de rumores.

Una tarde, tuve que ir a control a la ciudad. En nuestra isla, solo teníamos una pequeña clínica que no contaba con especialistas, y aunque el doctor Fritz era muy listo y tenía amplios conocimientos médicos, en realidad era biólogo de formación. Como el puente aún estaba en construcción, mi mamá y yo tuvimos que viajar en la barcaza para llegar. Durante el trayecto, aproveché para comentarle sobre la ausencia prolongada de la tía Abi y el distanciamiento del doctor Fritz.

Mi mamá, con su mirada fija en el horizonte, escuchó en silencio, pero algo en su actitud me hizo pensar que había algo más detrás de todo eso. No me dio detalles, pero su tono, más serio de lo habitual, me hizo sentir que algo no estaba bien. Pasaron los minutos mientras la barcaza se deslizaba lentamente por el agua, y la isla desaparecía a lo lejos.

Finalmente, mi mamá, con un semblante lleno de pesar, me reveló la verdad: el sobrino de la tía Abi y su prometida habían fallecido en un accidente de tránsito.

No los conocía, pero al parecer eran personas muy queridas por todos en la isla. La tía Abi solía hablar de su sobrino en clase, con una sonrisa de orgullo, y siempre mencionaba que pronto iría a visitarla. Esa noticia rompió mi corazón.

La figura cálida y serena de la tía Abi, tan llena de vida y pasión, parecía ahora lejana, borrada por el dolor de la pérdida. Me imaginé su tristeza, la profunda soledad que debía estar viviendo, y aunque no sabía cómo exactamente, algo me decía que ella había tomado la decisión de irse a la ciudad para lidiar con su dolor, lejos de la mirada de todos.

Cuando llegamos al hospital, mi mamá y yo nos sentamos en la sala de espera. Mientras miraba alrededor, tratando de distraerme de los nervios, creí ver a la tía Abi deambulando por los pasillos. Parecía estar esperando algo a alguien, caminando de un lado a otro con una expresión ansiosa, como si aguardara el final de algún procedimiento médico.

Me quedé paralizada al reconocerla. Quise acercarme para saludarla y preguntarle cómo estaba, pero justo en ese momento una enfermera apareció en la puerta y llamó mi nombre. Mi mamá y yo nos levantamos rápidamente, y la oportunidad de hablar con la tía Abi se desvaneció en un instante.

En la consulta, después de varios estudios, el médico nos dio las noticias que tanto temía: mi columna tenía un problema más grave de lo esperado, y sería necesaria una cirugía para enderezar mis vértebras.

El miedo se apoderó de mí. La idea de una operación me parecía aterradora, un riesgo al que no quería enfrentarme. Durante el viaje de vuelta a la isla en la barcaza, me sentí abrumada por la tristeza y la incertidumbre. El trayecto, que normalmente ofrecía vistas calmantes del agua y el cielo, esta vez se convirtió en una nublosa travesía que parecía no tener fin.

Esa noche, al llegar a casa, me tumbé en mi cama, mirando el pequeño acuario donde mi tortuga Totu descansaba plácidamente sobre su superficie de arena. Parecía tan tranquila, tan feliz con su caparazón como única protección. Yo la observaba, imaginando su vida: nadar, comer y tomar el sol, sin preocupaciones. Ella tenía una buena vida, a pesar de confinada, mientras que yo no podía decir lo mismo. Mi caparazón no me ofrecía libertad; debía llevarlo 23 de las 24 horas del día. Solo podía quitármelo para bañarme, y era un alivio momentáneo.

Mientras veía a mi tortuga moverse lentamente en su pequeño refugio de agua, no pude evitar pensar en quienes me la habían regalado: la tía y el doc. Ellos habían sido mis pilares de apoyo, y ahora ellos estaban sufriendo en silencio y aislados.

Mi madre, al ver mi angustia, me dijo algo que no esperaba: "No les digas nada a tus compañeros. Es un asunto delicado, y no quiero que se esparza la noticia como un rumor". Sus palabras me dejaron pensativa. Me sentí triste no solo por mí, sino también por ellos, porque entendí que, aunque no lo dijeran, todos debían estar viviendo su propio dolor, y ahora no sabía cómo compartirlo sin causar más angustia.

Comencé a odiar mi mala fortuna y desear el fin de mi sufrimiento.

El día antes de la operación, mis padres y yo llegamos temprano al hospital. Tras algunos trámites, me llevaron a una sala común en pediatría, pequeña y fría, con cuatro camas separadas por cortinas. Junto a la ventana estaba una niña de cabello rojo apagado, y enfrente de ella, un niño vendado dormía en silencio. El ambiente era sombrío, marcado por la espera.

El niño cubierto de vendas apenas respiraba, oculto bajo las sábanas. La enfermera mencionó que había sufrido quemaduras graves, pero no quise preguntar más. La niña, absorta, miraba el jardín con una tristeza distante que parecía envolverla.

Me senté en mi cama, observando a los otros niños y sintiéndome fuera de lugar. Pensé en cómo el dolor físico puede ser evidente, mientras el dolor emocional se oculta en miradas como la de ella. Tal vez Arina sentía lo mismo que yo: algo roto en su interior que solo le quedaba aceptar.

Decidí hablarle, buscando romper el silencio que pesaba en la habitación. —¿Cómo te llamas? —pregunté con suavidad.

Ella tardó en responder, como si volviera de un lugar lejano. —Arina —dijo finalmente, sin apartar la mirada del jardín.

—¿También te vas a operar? —continué, intentando iniciar una conversación.

Arina negó levemente con la cabeza.

—No tengo tanta suerte como tú —respondió con una sonrisa amarga—. Tú con una cirugía te vas a "arreglar". Yo... no sé si tengo arreglo.

Sus palabras me dejaron un nudo en la garganta. Quise explicarle que, aunque mi cirugía podía "reparar" mi espalda, no solucionaría todo. La resignación en su voz me hizo pensar que su dolor iba más allá de lo

físico, como el mío, pero en otra dimensión.

La conversación terminó ahí. Arina seguía mirando al jardín, atrapada en sus pensamientos. Yo observaba al niño vendado, inmóvil en su cama y solo, como si el mundo lo hubiera olvidado. La habitación se sumió nuevamente en un silencio pesado, roto únicamente por los pasos lejanos de las enfermeras y los sonidos monótonos de los monitores.

Decidí romper el silencio de nuevo, buscando algo para conectar. —¿Y el chico? —pregunté, genuinamente curiosa.

Arina bajó la mirada por primera vez, como si tomara un momento para procesar lo que iba a decir. Finalmente, soltó un suspiro, como si se deshiciera de un peso al hablar de él.

—No sé —respondió en voz baja—. Un día desperté y ya estaba allí, en la cama de al frente. Creo que estuvo en un accidente de tránsito. No sé si intentó ayudar o si fue el causante. Lo único que sé es que está cubierto en vendas, no habla con nadie y duerme todo el día, como si no pudiera despertar por el dolor.

Su voz estaba impregnada de una tristeza profunda. Aunque los detalles eran vagos, había algo en su tono que me hizo pensar que el chico estaba marcado por algo mucho más grande que un accidente.

—Lo único que sé es que la pareja que conducía el vehículo falleció... —continuó, su calma era casi aterradora.

Mi mente no pudo evitar irse a otro lugar. Al mencionar la pareja, pensé inmediatamente en el sobrino de la tía Abi y su prometida, que también habían muerto en un accidente. Ese vacío, que me había dejado esa noticia, ahora se ampliaba con cada palabra de Arina.

—¿Sabes si... si el chico se va a operar también? —pregunté, intentando desviar la conversación hacia algo más tangible, aunque las palabras me salieron con dificultad.

Arina no respondió de inmediato. Su mirada seguía perdida en el jardín, y su silencio me habló más que cualquier palabra. Finalmente, su voz rompió el silencio con una ironía que me sorprendió.

—Aquí mandan a los problemáticos —dijo, mirando hacia mí con una sonrisa irónica y unos ojos verdosos que reflejaban algo más que sarcasmo—. Parece que tú también eres de los nuestros, Irene.

Su comentario, aunque despectivo, no me ofendió. De alguna manera, sus palabras parecían encerrar una verdad oculta, algo que ambas sabíamos, pero no podíamos decir abiertamente. En esa habitación, parecía que



estábamos atrapados en algo más que una simple condición física.

—¿Y sabes su nombre? —pregunté, tratando de averiguar más.

—No, nadie lo sabe —dijo Arina, con un tono sombrío—. Salió de la nada, y no tiene familia. Nadie preguntó por él, nadie lo buscó... solo apareció una noche y ya.

Un sentimiento de soledad me invadió por un momento. Si no fuera por mamá, papá, la tía, el doctor, mis amigas y Totu, creo que me habría rendido hace tiempo. Así que sentí una profunda lástima por ese niño cubierto de vendas, aislado en su propio dolor, y me acerqué a él.

Me levanté de la cama, sintiendo el peso del silencio en el aire. Arina seguía mirando al jardín, absorta en sus pensamientos. Yo no podía dejar de pensar en el niño vendado. Sentí una necesidad urgente de acercarme, de ofrecerle aunque fuera un poco de compañía.

Caminé hacia su cama, observando su cuerpo cubierto de vendas, casi irreconocible. Estaba inmóvil, respirando suavemente, sin mostrar señales de conciencia. Sentí una profunda tristeza por su soledad. Estaba aislado en su dolor, como si el mundo se hubiera detenido para él, y de alguna manera, eso me hizo sentirme conectada con él.

Me incliné un poco hacia él, susurrando, casi como si temiera romper la calma:

—Hola —dije suavemente—. No sé si me oyes, pero... no estás solo aquí.

Sentí un nudo en la garganta al decir esas palabras. Aunque sabía que probablemente no me escuchaba, algo en mí se alivió al ofrecerle una pequeña muestra de humanidad.

Volví la mirada hacia Arina, que no me había seguido, pero su presencia seguía allí, en la quietud de la habitación. Sintiéndome un poco más tranquila, me senté en la silla junto a la cama del niño, esperando, sin saber muy bien qué hacer a continuación. Solo estaba allí, porque a veces, estar presente es todo lo que alguien necesita.

—Yo también intenté hablarle —dijo Arina resignada—, pero al final me rendí.

La quietud de la habitación me envolvía, y aunque estaba sola con él, no me importaba. Antes de que cayera la noche, mientras sostenía la mano del niño vendado, escuché pasos suaves acercándose. Levanté la vista y, para mi sorpresa, vi a la tía Abi de pie junto a la puerta. La luz tenue del

pasillo delineaba su figura, y por un instante pensé que estaba soñando.

—¿Tía Abi? —susurré, sorprendida—. ¿Qué haces aquí?

Ella avanzó lentamente hacia mí, con una expresión de desconcierto que no podía ocultar.

—Debería ser yo quien te pregunte eso, Irene —respondió en un tono preocupado—. Sabía que estabas en el hospital, pero no pensé encontrarte aquí.

Solté la mano del niño por un momento, notando la ausencia inmediata de su calidez. Mi confusión aumentaba mientras observaba a la tía Abi.

—¿Y tú? ¿Por qué estás aquí? —pregunté, tratando de entender.

La tía Abi desvió la mirada hacia el niño vendado, que seguía inmóvil en la cama. Había algo en su postura y en su silencio que transmitía un cansancio profundo, como si cargara con un peso invisible.

—Estoy aquí por él —respondió finalmente, con una voz apenas audible.

Sus gafas oscuras ocultaban sus ojos, pero la tristeza en sus gestos era evidente. La forma en que lo miraba, casi reverente, me hizo pensar que sabía algo que yo no.

—¿Lo conoces? —le pregunté, intrigada.

No respondió de inmediato. En cambio, se inclinó un poco hacia el niño, como si quisiera asegurarse de que estaba bien, aunque su mirada parecía buscar algo más profundo.

—Es... complicado, Irene. No es algo que pueda explicarte ahora —dijo al fin, con una firmeza que no admitía más preguntas.

Su respuesta me dejó con una sensación de intriga y desasosiego, pero el tono de su voz me indicó que no debía insistir. La vi enderezarse, apartando la vista del niño y dirigiéndose lentamente hacia la puerta.

—Lamento mucho lo de su sobrino, tía Abi —dije en un susurro, mientras ella salía de la sala, dándome la espalda.

Ella se detuvo apenas un instante, sin girarse hacia mí.

—Gracias, mi niña —respondió con su voz cargada de dolor antes de perderse en los pasillos del hospital.

Tomé la mano del niño vendado y permanecí a su lado en silencio hasta que el sol se ocultó y la luna apareció. Poco después, mis padres vinieron a verme. Querían quedarse conmigo, pero las reglas del hospital no lo permitían. Me desearon buenas noches y se marcharon, dejándome en total oscuridad.

Cuando finalmente logré dormir, soñé con Totu nadando en el mar. De repente, una corriente la arrastró, dejándola de espaldas e incapaz de incorporarse. Sentí una presión en el pecho que me despertó de golpe. Respiraba con dificultad, como si algo invisible me oprimiera. Permanecí en la oscuridad, tratando de calmarme.

Al abrir los ojos, vi la causa de mi opresión. El niño vendado estaba encima de mí, su cuerpo firme contra el mío, observándome fijamente. No podía moverme, pero no me asusté, solo era una parálisis extraña. Sus ojos, dos focos blancos brillando en la oscuridad con intensidad antinatural, me atravesaban, pero inexplicablemente, no sentía miedo.

—Eres amable, mocosa —susurró con tono despectivo—, pero no le des consuelo a quien no lo pide.

Su voz fría y cargada de resentimiento rompió el silencio. Atrapada en un trance extraño, apenas pude reaccionar. Arina seguía volteada, ajena a lo que sucedía. Solo podía mirar esos ojos, completamente absorta. La presión en mi pecho volvió, y aunque el miedo intentaba asomarse, mi cuerpo permanecía inmóvil.

—Así que me escuchabas —dije, sin rastro de temor—. Parece que dormiste mucho.

El chico permaneció en silencio un instante, evaluando mis palabras.

—¿Qué vas a saber tú? —respondió con desdén.

Sostenía su mirada, sin apartar los ojos de los míos.

—A mí me duele la espalda desde que tengo memoria —murmuré, tranquila—. No puedo hacer mucha fuerza ni jugar con los demás. A veces el dolor no me deja dormir, y otras me despierta en mitad de la noche... Pero sé que no se compara con tu dolor.

Los focos brillantes de sus ojos me observaban con intensidad, como si buscaran algo dentro de mí.

—¿Cuál es tu sueño? —preguntó de repente.

—No lo sé... —respondí tras una pausa, reflexionando—. Creo que me

gustaría enseñar, como lo hace la tía Abi.

—¿Tú la conoces? —pregunte al niño vendado.

Negó con un leve movimiento de la cabeza y su voz sonó más fría al responder:

—No. Pero ella está esperando a que despierte para saber qué pasó en el accidente en el que murió su sobrino. Su presencia es molesta.

Sus palabras me dejaron helada. Tragué saliva, intentando procesarlas mientras mi mente buscaba una explicación.

—¿Tan importante eres? —pregunté, molesta por la insensibilidad con la que hablaba de la tía.

Los focos brillantes de sus ojos parecían observarme con una mezcla de sorpresa e incredulidad. Tras un momento de silencio, habló con voz grave:

—Puedo hacer cosas... Si el dolor pudiera desaparecer por un tiempo, si la normalidad se apoderara de tu vida, si la salud fuera algo dado por sentado... ¿tú qué harías? ¿Qué ofrecerías? ¿Tu sangre? ¿Tu alma?

Lo miré, desconcertada, sintiendo la profundidad de sus palabras.

—¿Tengo que elegir una? —pregunté, con cierta duda—. Supongo que mi sangre; mi alma es valiosa.

El chico permaneció en silencio un instante, y por un momento, me pareció ver una sonrisa insinuarse detrás de las vendas. Entonces, tomó mi mano derecha suavemente y la llevó hasta su boca. Mordió mi dedo meñique hasta hacerlo sangrar, dejando caer una gota roja en la penumbra. Luego, sin soltarme, mordió su propio meñique izquierdo.

—Niña del caparazón roto, hagamos un pacto —dijo el niño, con una seriedad que parecía cortar el aire—. Yo curo tu dolor, y tú cumple tus sueños.

Lo miré, atónita, mientras su luz blanca parecía atravesarme como si buscara mi alma.

—¿Y qué ganas tú? —pregunté al fin, con la voz entrecortada por la intensidad del momento.

—Necesito que eduques a alguien en el futuro —respondió, con un tono

solemne que no admitía dudas.

—¿A quién? —quise saber, aunque el nudo en mi garganta hacía difícil hablar.

El niño inclinó la cabeza levemente, luego volvió la mirada hacia Arina, quien seguía de espaldas a ambos, como si calculara cuánto podía revelar.

—A alguien especial.

Sus palabras me dejaron inquieta, como si sus intenciones estuvieran cargadas de misterios demasiado grandes para comprender en ese momento.

—¿Cómo puedo confiar en ti? —insistí, aferrándome a mi última defensa.

Guardó silencio un instante, y luego respondió con serenidad:

—Porque sé que, al final, tú y yo queremos lo mismo.

—¿Y qué es eso? —pregunté, sin apartar mis ojos de los suyos.

—Un mundo sin dolor —dijo, con una voz que parecía contener tanto esperanza como un cansancio profundo—. Tú quieres enseñar para ayudar a otros a encontrar su camino, y yo... yo quiero que ese camino exista para ese alguien especial. Ese es nuestro pacto.

Sus palabras resonaron en lo más profundo de mí. Las dudas recorrían todo mi cuerpo, pero había algo en su voz, en su extraña luz, que parecía invitarme a confiar. Sin entender por qué, decidí aceptar su propuesta.

Nuestros dedos entrelazados sellaron un acuerdo espectral. Sentí una corriente fría recorrer mi cuerpo, como si algo invisible e inmenso se manifestara entre nosotros.

—Prohibido olvidar, mi caparazón roto —susurró, con una intensidad que parecía grabar sus palabras en mi mente.

De repente, todo se desvaneció.

Desperté sobresaltada, pero no en mi cama, sino en el sofá de la sala. La luz tenue del atardecer bañaba la habitación, y allí, sentado junto a mí, estaba Jonah. Tenía mi mano entre las suyas, sus dedos cálidos envolviendo los míos, mientras me miraba con esa mezcla de paciencia y preocupación que solo él sabía expresar.

—Tomaste una larga siesta —dijo suavemente, devolviéndome al presente.

Me incorporé lentamente, sintiendo cómo mi cuerpo aún procesaba el eco del sueño. Mi espalda aun dolía, pero una inquietud más profunda me atravesaba.

—Sí... soñé con algo de hace veinte años —murmuré, llevándome una mano a la frente. Pero fue tan... tan vivido.

Jonah apretó mi mano con suavidad, esperando pacientemente a que continuara.

—¿Y ese sueño te dio alguna pista? —preguntó, con una leve inclinación de la cabeza, como si intentara leer en mis ojos lo que no decía.

—No, nada —mentí, desviando la mirada hacia la ventana.

Me levanté del sofá sin levantar sospechas, busqué un pequeño alfiler y pinché mi dedo meñique para lamer la diminuta gota de sangre. Un calor familiar recorrió mi espalda, y el dolor desapareció al instante. Fue entonces cuando entendí: el dibujo del pacto no era una amenaza, sino un recordatorio de mi don. Mi corazón latió con fuerza al darme cuenta de que lo que soñé no era solo un eco del pasado, sino que él, el niño vendado, mi viejo amigo, estaba cerca.

Jonah me miró con preocupación y me preguntó si me sentía mejor. Me volteé lentamente y vi a Totu descansando plácidamente en su montón de arena. Respiré profundamente, sintiendo la paz. Miré a Jonah con una leve sonrisa y le respondí:

—Sí, ya estoy bien. Solo me faltan unas pruebas por revisar... Amor, ¿por qué no me haces un tecito, porfis? —dije, sonriendo con mi expresión más tiernamente caprichosa. Soy una profe ocupada.

**Fin.**